



Juarma

**Al final
siempre ganan
los monstruos**



Lecturas Blackie - enero de 2021

JUARMA

Al final siempre ganan los monstruos

*Lecturas
Blackie*

*enero
2021*

Nota de la editora

Cuando recibimos *Al final siempre ganan los monstruos* no estábamos ni remotamente preparados para lo que íbamos a encontrarnos: la novela más brutal, más honesta y con más latido que habíamos leído en años. Crisis, drogas, amistad, fidelidad y traiciones. Algún amor bonito y algún otro que no lo es tanto.

Villa de la Fuente, el pueblo sureño en el que se emplaza, podría ser el pueblo de cualquiera. El tuyo, el mío, el que aparece en los informativos de sobremesa hoy o el que aparecerá mañana como muy tarde. Las historias que allí tiene lugar son salvajes pero cotidianas, es gente que se juega la vida tan solo para ganársela, o para lograr sentirla, personas para las que la amistad lo es todo pese a que el todo no les trae más que problemas. Problemones, en realidad. Un retrato honesto y descarnado de la precariedad, del desencanto, rodeado sin embargo de amor y de la buena compañía que uno encuentra donde se siente en casa.

De los personajes de Juarma sales arrollada por la camaradería: es como si llegases de tomar algo con ellos, como si los conocieses desde siempre, como si hubieses discutido con ellos una y mil veces más para después reconciliarte. De *Al final siempre ganan los monstruos* sales tocada, pero convencida de no

hundirte. Hay ente sus páginas más sabiduría que en cualquier templo y toda la verdad de la calle.

Qué escritor valiente y desacomplejado es Juarma. Y qué novela vertiginosa y noble es la suya.

Rebeca González
Blackie Books

Destellos

Supongo que a todos nos pasan cosas raras. Ya sabes. La típica basura que muchos piensan que son movidas paranormales. Nunca le he dado mucha importancia a estas paridas y siempre lo he achacado a que no debo estar muy bien de la cabeza. Ni tan siquiera soy capaz de recordar cómo empezó o cuándo fue la primera vez que sentí miedo. Porque, tío, que soy el puto Lolo, ¿cuándo me has visto tú a mí tenerle miedo a nada? Bueno, tal vez a mi padre cuando me pegaba de niño y no sabía defenderme. Siéntate, Dani. Pedimos otro par de cervezas, ¿no? ¿Qué te pasa, tío? Estás cuajado. Voy al baño a hacerme unas rayas y enseguida te lo cuento. Pasa tú cuando salga, a ver si te espabilas.

Al principio era una luz amarilla, como un destello en un ángulo muerto de los ojos. No sé, no soy muy entendido en esto y supongo que tendrá algún nombre más científico. Pero vamos, tú entiendes lo que te quiero decir. Sí. Como un parpadeo que cuando giras la cabeza ya no está. Como si apareciera una estrella fugaz y de repente se esfumase. Como la luz de un teléfono móvil cuando tienes una notificación. Solo que mido uno ochenta y tres y la luz la veo a la altura de mis ojos. Es im-

posible que sea el móvil. De hecho, muchas veces lo siguiente que hago es ubicar el teléfono, queriéndome convencer de que se trata de eso. Pero qué hostias. No. Al principio era ocasional. Ya sabes. Ir de noche por la calle y ver la luz. Estar leyendo un libro y ver la luz. Hablar con alguien y girar la cabeza porque he visto la luz. No le daba mucha importancia. Pero llevo mucho tiempo en que la puta luz me está rayando un poco y no he sido capaz de contárselo a nadie.

La luz aparecía constantemente, sobre todo por las noches. Llegué incluso a googlear «VEO UNA JODIDA LUZ Y CUANDO MIRO YA NO ESTÁ». Pensaba que igual era algún síntoma de alguna enfermedad mental o alguna cosa más grave. Pero no encontré nada que me aclarase un poco qué coño era eso. Es decir, tampoco voy a ir a ver al payaso de mi médico. Mi historial médico es vergonzoso. Ya sabes que tengo antecedentes penales por agresiones y otras movidas, que he acabado un montón de veces en Urgencias, y solo me faltaría ir una mañana a decirle que veo lucecitas. Me encierran en una habitación acolchada y tiran la llave. Seguro que él lo achacaría a que dejé de tomar sin consultarle los antidepresivos con los que me trató tres años, obligado por aquel puto juez. Claro. Es lógico pensar eso. Médico no es cualquiera, tienes razón. Pero vaya, que la agresividad no me la quitaban las putas pastillas y solo me ha dado problemas lo de tomar esa puta basura tanto tiempo. Espera. Voy a volcar otro par de *lonchas*. Dile a ese payaso que nos llene.

Pero joder, Dani. Es que ya no era solo la luz. Empezaron los putos sueños raros y las pesadillas. Sí, una movida. Al principio parecían solo sueños. Yo qué sé. Pues los normales. Los que tiene todo el mundo. Eran siempre iguales. Me tomaba el Diazepam para poder dormir, me entraba la modorra y la luz empezaba a parpadear a mi izquierda y a mi derecha. Luego me quedaba dormido y me pasaban esas putas cosas raras. Vale,

son solo sueños. Pero qué hostias. Te juro que me quedaba dormido y me despertaba no-sé-dón-de. En otro puto sitio. Hasta notaba que estaba en otra parte de un modo físico. Claro, pues lo flipaba bastante. Pero también sentía miedo, porque el sitio donde iba era extraño y no podía despertar cuando quería. Y joder, Dani. Que tú sabes que no le tengo miedo a nada. Que te estoy hablando en serio, tío. Las primeras semanas los sueños raros se convirtieron en eso: iba al lugar extraño, me escondía porque sentía el puto miedo y observaba. Sí, raro de cojones. Frío y como algo futurista, como una película mala de ciencia ficción. Había sombras que parecían algo así como personas. Era como estar aquí, pero de una forma diferente y tenebrosa. Las putas sombras pasaban de mí al principio, no me hacían caso. Entonces, con los días, me fui acostumbrando. Sí, claro. Es verdad. Una pena no poder hacer fotos para subir las a las redes sociales. Ja, ja. Aquí, sufriendo. Veo el pie de la foto.

Pero es que no tiene ni puta gracia, tío.

Me aterraba ver la luz amarilla. Te juro que se me erizaba la piel. El otro día estuve de fiesta y me acosté a las dos o las tres de la tarde. Pfff, ya te digo si tardé en dormirme. Pero lo hice. Dos o tres diazepam. Hacía mucho calor y me pesaban los brazos y los pies. Cambiaba de sitio cuando sentía el hormigueo por el cuerpo y zas, llegaba allí. Pero ese sueño no fue como los otros. Una de las sombras me miraba. Le dio por ahí. Pero no se parecía a las otras sombras. Tenía cara, ojos y manos. Y daba mucho mal rollo. Tenía la boca enorme y unos dientes monstruosos. Joder, pues claro que me asusté. Allí no me sentía tan fuerte. Allí nadie se acojonaba al ver mis cicatrices. Me sentía como cuando mi padre me pegaba y lo único que podía hacer era esconderme y llorar. Intentaba escapar de ella pero la puta sombra con dientes me seguía a todas partes. Hasta que le eché cojones, me paré delante de su puta cara y le grité que me dejara en paz, que era mi puto sueño raro y que

no pintaba nada allí. Sí, claro, me puse hasta chulo y acabé gritando: «Vete de aquí, hija de puta»; repetidas veces. Y la sombra con cara, ojos y manos desapareció. Y claro, me sentía como cuando le parto la cara a algún estúpido en una discoteca. Sí, me sentía como de normal y fue el primer momento en que no tuve miedo dentro de los putos sueños raros. Era valiente y duro como siempre. Pero justo cuando dentro del sueño pensaba (qué movida, ¿no?, pensar dentro de un puto sueño) que no sentía miedo, el brillo de una luz amarilla me cegó un poco. Entonces la puta sombra con los dientes grandes me agarró del brazo y me lo retorció. No podía soltarme y ella, porque la jodida sombra tiene la cara de una mujer, tiró de mi brazo y me apretó contra su cuerpo. Como si me fuese a estrangular. Intenté resistirme pero era como mil veces más fuerte que yo. Me sujetó el cuello y su boca asquerosa quedó justo al lado de una de mis orejas. Y comenzó a chillarme. No entendía lo que me decía porque estaba intentando zafarme, soltarme y patearle la cabeza. A cada golpe ella me apretaba más. Me hacía daño. Y me gritaba con una voz espantosa. Algunas cosas ya sí las iba entendiendo, pero otras no. ¿Que qué me decía? Eso no te lo puedo contar, Dani. Son movidas más que no debe saber nadie. Lo siento, tío. Ya bastante tonto me siento contándote esto. Pues eso, que volví a sentir el puto miedo y sabía que la única forma de que la puta sombra dejara de hacerme daño era despertar. Pero joder, es que no podía. Cada vez la golpeaba más fuerte, pero no me soltaba. Gritaba, pegaba puñetazos con todas mis putas fuerzas, pataleaba, intentaba incluso morder, pero no podía salir de allí. Estaba tan angustiado que dentro del sueño perdí el conocimiento. No sé lo que pasó después.

Cuando desperté eran las tres de la madrugada. Llevaba como doce horas en la cama. Estaba sudando y me costaba respirar. Encendí la luz y observé cómo me sangraban los nudillos de ambas manos. Tenía arañazos en el cuello, en la cara,

en las piernas y en la espalda. Y mira que me han metido hostias y tengo la piel tan dura como la de un lagarto. Lo primero que pensé fue, y joder, no te rías, que te reviento un tercio en la puta cara; tengo que llamar a la policía. Pero me pareció una idea tan absurda que me calmé un poco. Intenté respirar hondo, controlar la puta ansiedad y contar hasta diez, como me enseñó mi médico. Acabé contando hasta cien, mientras tomaba aire como un subnormal. Me fijé en que había sangre en el cabezal de la cama y en la pared con la forma de mis nudillos, por lo que deduje que todo había sido una maldita pesadilla y que me había pasado la noche dándome hostias con todo lo que alcanzaba a mi alrededor. Pero estaba muy acojonado. Salí de la cama, me di una ducha fría, me puse algo de ropa y me fui a la calle. Serían las cuatro y pico de la mañana. Claro, en el Paranoid que me metí. Esto me pasó hace tres días. Sí, por eso te decía que llevo tres días sin dormir y sin comer. ¿No ves la puta cara que llevo, Dani? Me llegan las putas ojeras al suelo. ¿Has visto cómo tengo de reventadas las manos? El tatuaje que me hizo Álex en el puño da puto asco de mirarlo. Mira mis brazos, tío. Me paso todo el día en la calle, bebiendo con unos y con otros y poniéndome hasta el culo porque no quiero volver a dormir nunca. Ni siquiera me he presentado en el trabajo. Que les jodan. Que sí, tío. De farlopa nada más. ¿Qué os ha dado para comerme la cabeza con el puto *basuco*? No me rayes, tío. ¿Que si he vuelto a ver las luces? Espera, vamos a pedir más cerveza. Voy al baño a hacer más rayas, vuelvo rápido. Disimula cuando entres, que como nos diga algo le arranco los dientes de un cabezazo a ese puto camarero subnormal.

No, esta coca no es de Jony. Que le jodan a esa rata. Bueno, deja que termine de contarte esto, joder. Que me cuesta, tío. Que no es una puta broma, Dani. Pues eso. Que si había vuelto a ver las putas luces. Anoche estuve de fiesta con el Liendres. Nos fuimos del Paranoid a las cinco de la mañana. Sí, imagina

cómo estábamos. Salimos, nos encendimos un cigarro y echamos a andar para buscar el puto coche del Liendres, que lo había dejado a tomar por culo. Como me veía muy pasado, me dijo que me acercaba a mi piso y que seguíamos metiéndonos coca allí, que ya sabes que al Liendres se la suda ir de empalmada al taller. Cuando llegamos al coche, su polla se para a liar-se un porro. Voy a abrir la puerta para meterme dentro y volcar unas *lonchas* para el camino, pero antes de montarme en el Seat León, giro la cabeza nervioso porque he visto otra vez la puta luz amarilla. Pero, y flipa con esto, el Liendres con el *puetazo* que lleva dice que también la ha visto. Me pongo nervioso, un poco agresivo, le interrogo sobre la luz amarilla y él jura que la ha visto. Sigo intentando sonsacarle algo, con ganas de soltarle una hostia por si me está vacilando, cuando de repente me dice:

—Tío, pues no veas cómo te mira esa pava. Creo que le gustas.

Pálido y acojonado, te lo juro Dani, me doy la vuelta. Y allí está la puta sombra de los dientes grandes. Sentada en la parada de un autobús, al lado de un puto anuncio de *Juego de Tronos*. Me mira y se ríe, mostrándome su dentadura asquerosa. El Liendres dice que caí redondo al suelo. Mira, aquí en la cabeza tengo la brecha que me hice al golpearme contra el asfalto. Me llevó a Urgencias porque no había forma de espabilarme y se asustó. Hace un rato me he despertado y no sabía ni dónde estaba, me he arrancado las vías de los sueros y he salido de allí corriendo. El Liendres se fue a trabajar cuando le dijeron que había sido por llevar tantos días sin comer y metiéndome farlopa, que estaba fuera de peligro. Normal. Ya sabes cómo son los putos médicos. La murga que te dan cuando te da un chungo por la droga. Yo también me hubiese pirado. Ni he pasado por el piso a cambiarme, mira las marcas de las vías, tío. Me fui a casa de la tía esa a la que me follo a veces para pillarle más

coca. Luego he llamado al Liendres y jura por su madre que había una mujer allí, pero que parecía tan borracha que ni siquiera hizo por ayudarlo cuando perdí el conocimiento. Que no se acuerda de cómo tenía la puta boca. Luego te he llamado a ti porque esta puta mierda se la tengo que contar a alguien. Solo lo sabéis tú y el Liendres. ¿Que qué voy a hacer? No me jodas, a un médico no le cuento esto en la puta vida. Que no, Dani. No me toques los putos cojones. ¿Lo que voy a hacer? Pues no voy a dormir. Ese es mi plan. Aquí no le tengo miedo. Anoche me pilló de sorpresa. Que le eche cojones a venir a cogerme otra vez del brazo y decirme esas cosas que nadie debería saber. La estoy esperando.



JUAN MANUEL LÓPEZ, conocido como Juarma, nació en Deifontes, un pueblo en los Montes Orientales de Granada, en 1981. Desde los catorce años dibuja y escribe, aunque la mayoría de las cosas que ha escrito permanecen inéditas (aún) y sus ilustraciones están casi todas descatalogadas. Es, no obstante, un referente en el mundo del cómic underground.

Ha publicado tebeos y fanzines como *Me gustas pero dentro de un nicho* (autoeditado, 2020), *Historia inventada del punk*, con guiones de Jorge B. Ortiz (Ondas del Espacio, 2017), *Romance neanderthal* (Ultrarradio, 2016), *Amor y policía* (Ultrarradio, 2014) o *Libertad para lo mío* (Ultrarradio, 2013), entre muchos otros. Ha trabajado como jornalero, obrero de la construcción y camarero, entre otras muchas cosas. También autoeditó un poemario, *Poemas escritos a navajazos* (2017), casi dos décadas después de haberlo escrito.

Al final siempre ganan los monstruos es la primera novela que publica. Fue escrita entre octubre y diciembre de 2017 en un Club de Lectura que él mismo creó en una red social. Participaron sesenta y cinco personas, para las que Juarma escribía sobre la marcha, sin guiones e ideas previas. El entusiasmo de sus lectores hizo que finalmente entrelazase las tramas, y que crease alrededor de los personajes todo un mundo ficticio que sin embargo se antoja de lo más real.